

órganos, y en general, en un punto de nuestra superficie nerviosa, las de sabor, olor, contacto, presión, contracción muscular, dolor, calor y frío. Sin duda, no están en el sitio en que nos parecen alojadas; pero en este sitio se encuentra de ordinario el principio de la excitación nerviosa que las provoca. Porque, por regla general, cada variación en esta excitación y en su posición real se traduce por una variación proporcionada en la sensación y en su posición aparente, de suerte que por regla general nuestro falso juicio termina en el mismo efecto que un juicio verdadero. Nos sirve tanto, nos sugiere las mismas previsiones. Si la excitación nerviosa que provoca la sensación de presión llega á ser más fuerte, la sensación de presión viene á ser más fuerte. Si la excitación nerviosa que provoca el dolor cambia efectivamente de puesto, el dolor parece cambiar de lugar; las diferencias de emplazamiento que el juicio ordinario supone erróneamente entre dos sensaciones son precisamente las diferencias de emplazamiento que la experiencia fisiológica establece con razón entre los puntos de partida de las dos excitaciones nerviosas correspondientes.— Así nuestro espíritu da en el blanco apuntando mal, y lo que decimos por error de nuestras sensaciones *se aplica* con una exactitud casi absoluta y constante en la excitación nerviosa que les está unida. Salvo los raros casos en que los troncos y los centros nerviosos entran espontáneamente en excitación, esta aplicación es siempre justa. Es que constituye la obra no de un encuentro, sino de una armonía. De hecho, la sensación va casi siempre unida á la excitación del extremo del nervio; y ha sido necesario este enlace casi cons-

tante para establecer en mí la constante asociación de imágenes por la cual coloco hoy la sensación en las cercanías del extremo del nervio. Por consiguiente, si de un lado este enlace me induce siempre á error haciéndome siempre colocar en falso mi sensación, de otro repara casi siempre su error determinando casi constantemente una excitación de la punta del nervio. Tiene dos consecuencias, la una que no falta é indirecta, mi ilusión mental, la otra directa y que casi no puede faltar, la excitación del extremo del nervio; son dos arroyos salidos de la misma fuente; he aquí por que se corresponden. Si casi siempre á la ilusión mental corresponde la excitación del extremo del nervio es que ambas nacen en virtud de la misma ley.

La misma observación á propósito de las sensaciones que proyectamos más allá de nuestro recinto sensible y que consideramos como fenómenos extraños á nosotros, por ejemplo, los sonidos, ó como cualidades de objetos extraños á nosotros, por ejemplo, los colores.— Sin duda, erróneamente tal sonido que es una sensación de mis centros acústicos me parece flotar allí abajo y allí arriba, á veinte pasos á mi derecha; pero á este sonido regular ó irregular corresponde, elemento por elemento, una vibración del aire que se propaga á partir de esta altura, de esta distancia y en esta dirección.— Sin duda también, erróneamente rayas blancas y azules, que son sensaciones de mis centros ópticos, me parecen extendidas sobre el papel que tapiza mi habitación; pero á estas rayas de color corresponden, elemento por elemento, diferencias de estructura en la superficie del papel, y por consiguiente, diferen-

cias de aptitud para absorber ó reflejar los diversos rayos luminosos. Salvo los raros casos en que el ojo y el oído tienen sensaciones subjetivas, la correspondencia es perfecta. Así, esta vez también, nuestro juicio, siempre falso en sí, es casi siempre justo de rechazo y por concordancia. Lo que afirmamos erróneamente de nuestras sensaciones encuentra ser verdad de otra cosa; las variaciones y las diferencias del objeto coinciden con las de nuestras sensaciones.—Es que estas se han añadido á las cosas y el orden interior al exterior. Aquí como hace un momento, la ilusión del sentido procede de su educación, y esta de las leyes que enlazan el nacimiento de tal sensación á la presencia casi constante de tal condición exterior; de suerte que hoy, cuando la ilusión se produce, casi siempre la condición exterior está presente. La ley que ha acabado por suscitar en nosotros la ilusión lleva de ordinario fuera de nosotros la condición. Mecanismo admirable que nos engaña para instruirnos y nos conduce por el error á la verdad.

La excitación del extremo de un pequeño filamento blanquecino, la vibración de las partículas de un gas, la estructura especial de una superficie iluminada, tales son los equivalentes que se hallan bajo la ilusión que cambia de lugar y desfigura nuestras sensaciones. Pero estos equivalentes mismos son cuerpos considerados desde el punto de vista de un movimiento que sufren ó de una cualidad que tienen.—Réstanos, pues, distinguir el sentido y el valor de una ilusión más profunda, la que constituye la percepción exterior, y por la que afirmamos que existen cuerpos. ¿Hay algo real que corresponda á ese fantasma que la

sensación suscita en nosotros y que llamamos un cuerpo? Hemos dicho que la percepción exterior es una alucinación verídica. ¿En qué difiere de la alucinación propiamente dicha, que es engañosa? El análisis ha respondido ya. A este fantasma interno y pasajero que aparece como cosa permanente é independiente corresponden de ordinario, trazo por trazo, una Posibilidad y una Necesidad permanentes é independientes, la posibilidad de tales sensaciones bajo tales condiciones, la necesidad de las mismas sensaciones bajo las mismas condiciones más otra complementación. Lo que puedo establecer en buena razón y con verdad, cuando toco esta bola de marfil, es un grupo de relaciones entre tales condiciones y tales sensaciones; en virtud de estas relaciones, todo ser que siente que en un momento cualquiera del tiempo se pondrá en las condiciones en que yo estoy, tendrá la sensación que tengo y las demás que imagino. La ley es general, independiente de mi presencia, de mi ausencia, de mi existencia. Su permanencia me hace imaginar una entidad metafísica que es la sustancia. Su eficacia me hace imaginar una entidad metafísica que es la fuerza. Son estos símbolos cómodos, pero que hay que dejar en el estado de símbolos. Tomados en este sentido, se puede decir que á nuestro fantasma corresponde una sustancia independiente de nosotros, permanente, dotada de una fuerza eficaz, capaz de provocar en todo ser que siente tal grupo de sensaciones, más generalmente todavía capaz de provocar y sufrir un fenómeno que hemos reconocido como el equivalente de nuestras sensaciones más importantes, á saber, el movimiento ó cambio de lugar.

Pero, sirviéndonos siempre de estas locuciones, conservamos cuidadosamente el recuerdo de su sentido íntimo. Recordamos que nuestra percepción exterior, reducido á lo que contiene de verdad, no es más que un aserto general, la anunciación de una ley, una especie de *predicción*, verdadera para el pasado como para el porvenir, la predicción de tales hechos, sensaciones ó equivalentes de sensaciones, como posibles en tales condiciones, como necesarios en las mismas condiciones más una condición complementaria. Anunciamos que todo ser que siente, que toque ó haya tocado la bola, tendría ó habría tenido el grupo de sensaciones musculares, táctiles, visuales que nosotros mismos tenemos; que todo cuerpo que venga ó haya venido á chocar con la bola perdería ó habría perdido una parte de su movimiento. Hay en esto alucinación propiamente dicha, cuando la forma blanca y esférica, que me parece situada á tres pasos de mí, no provoca en mí ni en otros las sensaciones musculares y táctiles con que yo contaba, cuando un cuerpo que pasa por el sitio en que la bola parece estar, no sufre, contra lo que espero, disminución alguna en su movimiento. Pero este caso es muy raro, y la concordancia es casi constante entre el anuncio previo y el efecto ulterior. —Es que de hecho, entre la sensación visual de ésta redondez blancuzca de un lado, y tal grupo de sensaciones táctiles y musculares de otro, el enlace es casi constante; la primera es el indicio de la segunda; dada la sensación, casi siempre el grupo es posible; dada la primera, casi siempre si se añade la condición complementaria, el transporte de la mano hasta el sitio requerido, el segundo viene á ser necesario.

Ahora bien, mi predicción constante es en mí el fruto de este enlace casi constante. Por tanto, el nacimiento infalible de la predicción supone la presencia casi infalible del grupo, y el curso de los hechos, que, por su regularidad, ha formado mi esfera, encuentra en su regularidad misma los medios de justificarla.

Todo este mecanismo es admirable, y el lector ve ahora lo largo de la elaboración, la perfección del ajuste que nos permiten hacer, con efecto y resultado, una acción tan ordinaria tan corta, tan fácil como la percepción exterior. La operación se asemeja á la digestión ó á la marcha; en apariencia, nada más simple; en el fondo, nada más complicado. —Hay delante de mí, á tres pies de distancia, un libro encuadernado en cuero oscuro, y alzo los ojos. En mis centros ópticos nace una cierta sensación de color oscuro; en otros centros nacen sensaciones musculares provocadas por la acomodación del ojo á la distancia, por el grado de convergencia de ambos ojos, por la dirección de los dos ojos convergentes; estas varían al mismo tiempo que la sensación de color oscuro, á medida que el ojo, moviéndose, sigue el color y las porciones diversamente iluminadas del libro. Dos series de sensaciones cuyo emplazamiento está en la caja del cráneo; hé aquí los materiales brutos. —Todo el trabajo ulterior consiste en un agrupamiento de imágenes. Gracias á la imagen asociada de las sensaciones musculares que llevarían al tacto explorador hasta el libro y á todo lo largo de él, la sensación de color, que es nuestra, cesa de parecernoslo y nos parece una mancha extensa situada á tres pies de nuestro ojo. —Gracias á la imagen asociada de las

sensaciones de contacto y de resistencia que experimentaríamos entonces el tacto explorador, la mancha nos parece una extensión sólida.—Gracias á la imagen asociada de las sensaciones que experimentaríamos en todo tiempo todo ser semejante á nosotros, que volviera á comenzar la misma experiencia, nos parece que hay en este sitio algo permanente, independiente, capaz de provocar sensaciones, y que llamamos materia.—Así nace el simulacro interior, compuesto de una sensación enajenada y situada en falso, de imágenes asociadas, y además en el hombre reflexivo, de una interpretación y de un nombre que aislan y ponen aparte un carácter permanente incluido en el grupo.—Este simulacro cambia en cada momento con las sensaciones que le sirven de base. Sobre cada base nueva, las imágenes añadidas forman un nuevo simulacro, y el espíritu se llena de huéspedes innumerables, población pasajera á la que, pieza por pieza, corresponde la población fija de fuera.

LIBRO TERCERO

EL CONOCIMIENTO DEL ESPÍRITU